

EL VIGÍA CATÓLICO

DE CIUADDELA

CON APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

PUNTOS DE SUSCRICION

En la Redacción, calle de S. Onofre n.º 19.
Y en esta Imprenta.
EN PALMA: Tipografía Católica calle de Fortuny n.º 6

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Esta revista se publica los miércoles y los sábados
al precio de 50 cént. de peseta al mes en la isla
En provincias, 1.º30 peseta trimestre.

ANUNCIOS Y AVISOS. Los suscritores á 5 céntimos por línea. Y las repeticiones á la mitad de precio.
Los no suscritores á 10 id.

SECCION RELIGIOSA.

JUÉVES 16 --S. Julian mártir y Santa Juliana virgen y mártir.

VIÉRNES 17.—S. Julian de Capadocia y S. Donato mártires y Santa Beatriz virgen.

SÁBADO 18 —S. Simeon obispo y mártir, S. Silvano y Sta. Gaudencia mártires.

CULTOS.

Jués 16. —En la Catedral, por la noche, sermón del Septenario de los Dolores á cargo del Lic. D. Pedro Anglada Bonet, Pbro.

Viernes 17 —En dicha Catedral, sermón de Cuaresma á cargo del M. I. Sr. Magistral.

VENGANZA DE UN FRAILE

Yendo un religioso lego franciscano á buscar las limosnas acostumbradas, llegó por casualidad á casa de un noble inglés protestante que hacía poco se había establecido en una hermosa quinta extramuros de Niza. Viendo el fraile la puerta abierta, comenzó á llamar con mucha humildad, y no bien el inglés lo hubo visto con su saco al hombro, cuando lleno de ira le mandó salir. El fraile, apenas entendía algo del francés corrompido en que le hablaba el protestan-

te, por lo que continuó pidiendo limosna con grande humildad y paciencia. Furibundo entonces el inglés y fuera de sí mismo, comenzó á apalearlo al humilde mendigo tan fuertemente, que el pobre fraile tuvo que volver á su convento, no sin señales bien marcadas de la *buena acogida* que había tenido en casa de un protestante. ¡Tales son las limosnas que encuentran muchas veces los hijos de San Francisco!

Algún tiempo después de pasada esta escena, tuvo el inglés ocasion de visitar un convento de Franciscanos, situado en aquella comarca, y se dirigió á él para tomar apuntes y vistas. Los frailes le llevaron á la huerta, y le pusieron silla, mesa, etc., señalándole además los puntos de vista que los otros artistas habían preferido, y respondiendo cortesmente á todas las preguntas del extranjero.

Luego que el inglés hubo concluido de hacer sus apuntes, el fraile que le acompañaba le condujo á una pequeña celda, en donde se le ofrecieron algunos refrescos. El inglés los aceptó con mucho gusto; pero cuando los estaba tomando se llenó de sorpresa al ver que el fraile que se los servía era el mismo á quien él tan indignamente había tratado en

su quinta. Se quería persuadir de que aquella era una mera fantasía suya, pero se encontró tan embarazado, que no pudo ménos de preguntarle si él era en verdad aquel á quien tan malamente había apaleado tiempo atrás. El fraile respondió que sí.

—Pero, ¿cómo, dijo el inglés me trata usted tan bien, después que yo le he tratado á usted tan mal? Supongo que V. no me conoce.

—Sí que le conozco muy bien, respondió humildemente el fraile; pero mi religion me manda perdonar las injurias, amar á mis prójimos y volver bien por mal.

Este sublime principio cristiano, anunciado con tanta quietud y modestia, se imprimió profundamente en el corazon del protestante, el cual al momento llamó al superior, le contó lo que había pasado, y pidió perdon encarecidamente; dió al convento una considerable suma, y mandó que el mismo fraile apaleado fuese á su quinta todos los sábados á pedir limosna, en donde la encontraría abundante.

Pocos meses después, este protestante era ya un celoso católico. ¡Tales son los frutos de la caridad cristiana!

MONTON DE FRUTOS LAÍCOS.

No sabemos cómo decirlo; pero no hay más remedio que decirlo, si bien procuraremos hacerlo de modo que nadie lo entienda, porque la cosa es muy sucia.

Es el caso que un desdichado colaborador de *Las Dominicales*, ó por lo menos, propagandista acérrimo de este periódico, que parece lleva título universitario y por arte de no sabemos quién, logró hace tiempo introducirse en cierto Cuerpo docente, ha andado

rodando de ciudad en ciudad, de establecimiento en establecimiento y al fin

Al fin se le ha formado un expediente muy reservado en el último centro donde se hallaba, y de él ha resultado..

Pues ha resultado que solicitará una próxima permuta para irse á otra parte á desmoralizar prácticamente á los pobres alumnos que por desgracia tengan que asistir á sus explicaciones.

¿No sabe nada de esto *Las Dominicales*?

¡Pobres niños los que caen bajo la férula de los laicos!

¡Cuántos émulos de los maestros de Lille!

—
Luisa Michel, esa distinguida dama, tan conocida en las tabernas y demás centros libre-pensantes de Francia, acaba de ser víctima de sus propias predicaciones.

Un laico más exaltado que ella, llamado Lucas, y no sabemos si Gómez también, la ha disparado por detrás dos tiros de revólver en el momento en que la pobre Luisa pronunciaba uno de sus más calientes discursos en un *club* anarquista en el Havre.

Ahí tienen ustedes cómo entienden la libertad de pensar estos libre-pensantes.

A tiro limpio.

Lo que falta saber es si Lucas será colocado entre los santones del libre-pensamiento, como lo fué Calvino, que achicharró al libre-pensador Servet.

Por fortuna, las heridas de la Luisa no parecen graves, aunque las balas la dieron en la cabeza.

Dios quiera que con el golpe, aquella masa cerebral se hay conmovido y recobrado su equilibrio.

En cuanto á Lucas, salió tan magu-

llado de entre las pezuñas de sus colegas, que es posible haya muerto.

El gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo...

Entre locos anda el juego.

Mal, muy mal deben de andar los engendros de *Las Dominicales* en Tarancón, cuando este periódico, á falta de razones, saca el mandil y el triángulo contra curas y católicos, para repetir por millonésima vez que son unos ignorantes, unos fanáticos y unos maldicientes.

Y todo, ¿por qué? porque se descubrió el juego libre-pensador de la *perra* y de la *firma*, y las conciencias honradas se han sublevado contra los indignos procedimientos de la jente del pienso.

Poco á poco se va rehaciendo el sentimiento católico; no tardando, ya verá *Las Dominicales* qué partidarios le quedan, ni en Tarancón ni en ningún lado.

Fuera de las casas de Orates.

Y de las Universidades libres de Melilla, Ceuta y la Gomera.

Dice *El Motín*, que en una iglesia del paseo de Recoletos le robaron á una señora un tarjetero de valor.

No nos extraña.

Porque los libre tomadores, los *niveladores sociales*, como llaman á sus correigionarios los del «pienso libre», no respetan ni sitio ni lugar para ejercer su libre y profesional industria.

En algo se ha de conocer que pertenecen á la escuela del libre-timo.

O del robo libre.

Timos masónicos.

Los libre-pensadores de Cartagena celebraron días pasados una función de teatro como protesta de las fiestas

Jubilares del Papa León XIII.

Para llevar á ella incautos y tontos, rebajaron extraordinariamente el precio de las localidades, anunciando además que el producto liquidado de la función se emplearía en hacer trajes nuevos á los niños pobres de las escuelas municipales.

Con aquella rebaja y con esta promesa, algunos infelices tragaron el anzuelo y acudieron á presenciar la función teatral de los libre-pensadores.

¡Pero oh desilusión! Así y todo el producto de las localidades solo dió, por el corto número de espectadores que acudieron al reclamo, para cubrir los gastos del espectáculo, según las cuentas masónicas, y un sobrante de unas cuantas pesetas que no se sabe adonde fueron á parar.

Lo único que se sabe es que los niños pobres de las escuelas se quedaron como estaban; con sus ropitas viejas y rotas.

Si los pobres niños no se pusieran otro traje que el que les dieran los libre-pensadores y masones, ya tenían ropa vieja para rato.

Gracias á que hay instituciones católicas y almas cristianas, que de continuo acuden á remediar todas las necesidades de las clases menesterosas.

Y gracias á esas instituciones y á esas almas, visten y comen los pobres.

De otro modo, andarían desnudos y se morirían de hambre.

Por lo visto las autoridades locales de Uclés son todo unas señoras autoridades.

Libre-pensadoras por supuesto.

Con motivo de las fiestas jubilaes del Romano Pontífice, la población en masa suscribió un mensaje de adhesión á Su Santidad, en el que resplandecían los sentimientos cristianos de

los piadosos y honrados habitantes de Uclés.

Sólo unas doce personas de los 1.100 habitantes con que cuenta la villa, se negaron á firmar aquel mensaje, figurando entre esas doce personas el alcalde, veterinario por más señas, el secretario y el juez municipal; redactaron luego una especie de *protesta* en el yunque del veterinario, que sólo pudo obtener diez firmas, y estas Dios sabe cómo.

Parece mentira que Uclés tolere que los que se llaman sus representantes, así insulten sus sentimientos, y de modo tan grosero escarnezan sus creencias.

¡Cuándo despertaremos los católicos!

En Málaga ha muerto de hambre un anciano á quien sus hijos abandonaron cruelmente.

Es de advertir que aquel hombre se distinguió en vida por sus ideas anti-religiosas, y que á sus hijos les enseñó desde pequeños á blasfemar de Dios y de su Santa Iglesia.

¡Qué ejemplo para los padres que educan á sus hijos laicamente!

Porque la educación materialista, que desconoce la misericordia y la caridad, no puede producir otros resultados.

El *Correo de Andalucía* da cuenta en los siguientes términos de un detalle ridiculo de cierto banquete celebrado por la masonería malagueña en el café de la Loba.

»Los discursos duraron cuatro horas, y hablaron nada ménos que Garibaldi, Voltaire, Erasmo, Prometeo, Ciceron, Simbad, Eulez, Aben Zaida, Spartaco, Polibio, Cabarrús y Gravina.

»Como todos esos caballeros murieron hace *algunas semanas*, el banquete

no debió llamarse así, sino *Danza Macabra*.

»¡Y qué rendidos quedarían todos esos ilustres esqueletos, después de cuatro horas de discursos ó *locuciones*, como dice la reseña de tan sustancioso acto!...»

Parece mentira que en el último tercio del siglo XIX, en el siglo de las luces y del progreso, como dicen los laicos, se representen tales mamarrachadas y se den tan extravagantes espectáculos.

Que sólo sirven para hacer reír á las gentes sensatas y juiciosas

¡Pobres locos!

Porque las Hermanas de la Caridad del Hospital de Cabra consiguieron, á fuerza de reflexiones y de súplicas, que se confesara un desdichado libre-pensador, embrutecido por las lecturas de *El Motín* y de *Las Dominicales*, que ingresó en dicho Hospital gravemente enfermo, el segundo de dichos libelos, espectora contra aquellas santas mujeres todo género de insultos y toda clase de blasfemias.

Salvagismo mayor no se concibe.

Los zulús, al lado de nuestros libres pensadores, son gentes civilizadas y caballeros.

Por supuesto, que las blasfemias y los insultos de los libre-pensadores y masones, forman una hermosa corona que abrillanta más y más la pureza, la caridad, y todas las grandes virtudes de las inclitas hijas de San Vicente.

Las Dominicales, metiéndose á domine de los italianísimos, (faena muy propia de los que quieren que todo el mundo haga lo que le da la gana) dice que aquellos deben contestar al discurso dirigido por el Papa á los peregrinos, en esta forma:

¿QUIÉN MEZCLA A LOS CATÓLICOS DE OTRAS PARTES EN NUESTROS ASUNTOS INTERIORES?...

Alto, señor laico.

¿Y quién te mezcla á ti en los asuntos interiores de otros países?

No proseguiremos leyendo el suelto de *Las Dominicales*, porque cosa que empieza tan sin pies ni cabeza, ¿cómo acabará?

GACETILLA.

Las solemnes Cuarenta Horas que en los tres últimos días de Carnaval, han tenido lugar en la santa iglesia Catedral, han sido brillantes y magníficas como de costumbre. Profusion de luces, adornos esplendentes y raudales de armoniosos cánticos, convertían el sagrado templo como en antesala del cielo. Muchas almas piadosas han acudido ansiosas á gustar de tan puras y suaves delicias en aquel lugar sagrado; pero en cambio, habrá indudablemente otro número más considerable aún, que ha preferido respirar y vivir en la corrompida atmósfera que en estos días el mundo despide, en contraposición á las emanaciones de aromático incienso que se elevaban hasta el trono del Excelso en su santa morada donde reina dulce calma y bienestar para el espíritu humano.

S. E. el Sr. Obispo asistió todos los días á la Misa mayor desde el coro y el último día llevó la sagrada Hostia en la función de la reserva, asistiéndole también á este acto una comisión del M. I. Ayuntamiento.

Es un abuso que raya en escándalo, el que viene cometiéndose en el varadero de nuestro puerto, continuándose las obras de restauración de un buque

en los días de fiesta y todos los domingos. Sin pecar de pesimistas sólo diremos, que el dueño del indicado buque podría temer algún siniestro marítimo, con que Dios en día no lejano castigara estos insultos repetidos que de una manera tan desvergonzada se le hacen. Sometemos esta temible y fundada advertencia, á la consideración del dueño de aquella nave, á quien si es católico podría hacerle alguna impresión.

El Rdo. Obispo de Segorbe ha dirigido al Clero y fieles de su Diócesis una notable Pastoral, condenando la lectura del folleto que acaba de ver la luz pública en aquella ciudad, titulado *La verdadera luz*, y prohibiendo á sus diocesanos que no tengan licencia para leer libros prohibidos, que lo lean, tengan ó guarden, y que contribuyan á su impresión, publicación ó funesta propaganda.

En decreto especial *Urbi et Orbi* Su Santidad se ha dignado conceder indulgencia plenaria, una vez al mes, á todos los que recitaren cada día el *Oficio Parvo* de la Virgen con un solo *nocturno* de Maitines, con tal de que, un día á su elección, reciban los Santos Sacramentos y pidan por las intenciones del Papa.

Cuando íbamos á decir á nuestros abonados que habia *Tarjetas de giros* para los pagos de suscripción, nos ha hecho cambiar de pensamiento el siguiente suelto que leemos en un periódico de Albacete.

«Ahora resulta, que cuando estábamos locos de alegría por la creación de libranzas especiales para la prensa, tenemos que suplicar á nuestros suscritores no se acuerden de que existen

para hacer pagos de suscripción porque cobrarlas es más difícil que descubrir la cuadratura del círculo.

Nada de particular tendría que se quejara la prensa de provincias para quién son inmensas las dificultades. La prensa de Madrid pone el grito en el cielo.

Vivimos en el país de las difíciles facilidades.»

Para que se vea por el testimonio del célebre poeta Lamartine la inmensa distancia que se para la educación venal de la educación cristiana, á los colegios laicos de los colegios eclesiásticos, copiamos unos renglones no muy conocidos sobre este asunto, sacados de sus *Confidencias*.

«Al entrar en el Colegio, dice el famoso poeta, no hallé á mi madre, pero hallé á Dios; la pureza, la caridad, la oración, una dulce y paternal vigilancia, una familia, niños amados y amantes, de fisonomías contentas y tranquilas.—... Todas nuestras almas habían recobrado sus alas y volaban por natural impulso hácia el bien y hácia lo bello. Aun los más rebeldes eran arrastrados en el movimiento general. Allí he visto lo que se podía hacer de los hombres, no forzándolos, sino inspirándolos.

El sentimiento religioso que animaba á nuestros maestros nos animaba á todos, y tenían el arte de hacer amable y sensible este sentimiento, creando en nosotros la pasión por Dios. Con semejante palanca, apoyada en nuestros corazones, todo lo levantaban... Comenzaron por hacerme dichoso, y no tardaron en hacerme juicioso. La piedad se reanimó en mi alma y fué el móvil de mi afición al trabajo. Y formé amistades con niños de mi edad

tan puros y dichosos como yo, amistades que constituían, por decirlo así, una familia.»

¡Lástima que el niño Lamartine, educado tan cristianamente, se extravíara cuando hombre, inficionado por el espíritu moderno, y arrastrase á otros muchos en su caída!

VARIEDADES

¡LO DICHO, DICHO!

I.

Cuéntase que cierto día estaba Felipe II paseando por las inmediaciones del monasterio del Escorial, á la sazón que llegaba junto á él un veterano del ejército de Flandes, el cual, visto por el Rey, fué invitado cortesmente á acercársele. El viejo soldado no conocía al monarca, por lo que se limitó á preguntarle:

—¿Que quereis, hidalgo?

—¿Perteneceis á los Tercios de Flandes?

—Sí, por cierto; soy sargento hace veinte años y vengo á pedir justicia al Rey. Por intrigas no he alcanzado ya un ascenso ganado con esto.

Y desabrochándose el jubon, dejó ver su pecho cubierto de cicatrices.

—Me han dicho que S. M. D. Felipe II es harto esquivo; que no me hará caso, no lo creo; el Rey es justiciero y lo mismo manda ahorcar á un valiente; y yo... ¡ya lo veis! la historia de mis hechos está escrita con plumas de fuego y hierro sobre este libro.

Y señaló su pecho con noble arrogancia.

—Y juro á Dios y sus santos, murmuró, que si el Rey no me hace justicia!!...

Felipe II le miró fijamente; contempló con su frialdad habitual el curtido rostro de aquel héroe y con palabra lenta y gla-

cial como los copos de nieve al descender, dijo:

—Si no os hace justicia... ¿qué?

—Pues nada! que le echaré al....

Y arrojó un taco redondo.

Siniestro fulgor iluminó los ojos sombríos del monarca. Empero, reponiéndose con aquel dominio que tenía sobre sí mismo, respondió:

—Teneis razon, sargento. Justa es vuestra demanda. Creo que S. M. os atenderá; pero si no os atiende conteneos, porque, dado el carácter del Rey, es muy posible que os pague vuestro desembarazo con la visita de Maese Mateo, verdugo de la villa de Madrid.

—La muerte no me intimida, hidalgo! ¡Me he reido de ella tantas veces allá en los Países Bajos! la he hecho tantas muecas!...

—Y cuando pensais ver á S. M.?

—Mañana pediré audiencia.

Pues... adios, señor sargento, y no olvidéis mi consejo.

El veterano quedó mirando al Rey que se alejaba, y tras un breve espacio, murmuró.

—¿Quién será ese demonio?

II.

En severa y reducida cámara del Monasterio se halla Felipe II, hojeando papeles y planos, cuando un gentil-hombre, levantando la cortina de cuero de Córdoba que cubre la puerta, anuncia:

—Señor: el sargento Galindez, á quién V. M. concedió audiencia para esta hora.

—Que entre.

Y el Rey continuó ocupado en la revision de documentos.

Entró el sargento Galindez, hizo una profunda reverencia, atusó su cano y retorcido bigote, apoyó la mano en los gabilanes de su espada, y quedó inmóvil.

Levantó Felipe II la cabeza, miró al soldado y una sonrisa iluminó la máscara

ra inalterable de su rostro.

¿Que quereis?

Galindez quedó un momento sin saber qué decir; sin embargo, tragó un poco de saliva, hizo un gesto cómico para rehacerse, y con voz respectuosa pero tranquila, expuso su peticion.

—¿Las pruebas de vuestros servicios?

—Aquí están señor.

É hincando en tierra una rodilla, puso en manos del Rey un rollo de papeles.

Examinólos el monarca, y volviendo á enrollarlos, se los devolvió al sargento, diciendo:

—¿No teneis más pruebas?

El sargento desabrochó con pausa los botones de su jubon y, como habia hecho el dia antes, presentó su noble pecho, diciendo:

—Esta otra señor.

—Pues bien, sargento; como vos hay muchos; tantos méritos como vos tienen todos mis soldados de Flandes y de Castilla y Aragon, de mis reinos de Nueva España. No ha lugar á vuestra peticion.

—¿Teneis que decirme... algo más?

Galindez se inclinó profundamente, se irguió despues sin jactancia, pero con la noble altivez de su raza, y dijo con voz clara llena y vibrante:

—¡Señor! ¡«Lo dicho... dicho!»

Y se dispuso á retirar.

Felipe II quedó silencioso por un momento, dejó alejarse al veterano y cuando este trasponia los umbrales de la puerta.

—Volved sargento; exclamó con voz breve.

Volvió el sargento y quedó frente al Rey, en actitud digna, murmurando.

¡Nada que me manda ahorcar!

—La firmeza con que me habeis hablado; la arrogancia con que os habeis espresado en presencia de vuestro rey, ¡de vuestro rey; ante quien tiemblan

todos! la osadia de que habeis hecho alarde, exigen que yo corresponda, imponiéndooos un castigo digno de lo que acabais de hacer. Volais á volver á Flandes, sin excusa, pretexto, ni dilacion; os presentareis inmediatamente al duque de Alba, gobernador de los Paises Bajos y desde ese momento hasta que murais... sereis capitan de sus alabarderos.

El sargento Galindez abrió desmesuradamente los ojos, quiso hablar y no pudo, pero cayó de rodillas ante aquel monarca cuyo solo nombre llenaba de espanto á Europa, y besó sus manos con la gratitud que solo brota de corazones como el suyo.

—Id, id, valiente soldado mio, continuó Felipe II, id, á Flandes y no olvidéis jamás que vuestro Rey á su vez nunca olvidará sois el único que no ha temblado ante él!

¡Oh, señor! toda mi sangre la verteré por V. M., regando con ella vuestra bandera invencible!

—¡Basta, basta! y lo dicho, dicho, sois capitan de alabarderos del duque de Alba.

A. F. VILLA REAL

LOS VALIENTES.

Un mozo muy juncal dióse á pensar, como otros muchos compañeros suyos que todos conocemos, que era muy valiente, porque no tenía atencion social ni á señoras ni á caballeros, ni á autoridades, ni á ancianos, y mucho menos á curas ni monjas. Consideren Vds. si sería valiente, que á todos miraba con aire maton; cuando fumaba, cerraba un ojo y arrojaba el humo hacia arriba; además se retorció muchas veces el bigote, y sobre todo decía constantemente unas palabrotas que jamás se permite una persona bien educada. Digo que era tan valiente, que se atrevía ¡oh valor! á preferirlas hasta delante de personas que no podian escucharlas de puro asquerosas y

groseras. Sube de punto el valor de nuestro héroe, si se considera, que si delante de él pasaba una monja de la Caridad ó cura entónces, ¡oigan Vds. y pásmense de tanto valor! entónces mi hombre, para manifestar hasta donde llegaban sus humos, blasfemaba contra Dios y asustaba á aquellas pobres almas, diciendo, que llegaría dia en que á toda aquella gente negra se la había de comer.

Un dia en que de tal modo hizo alarde de su valentia delante de unas pobres Hermanas de la Caridad, las que sin asustarse por las palabras de aquel bravucon, se limitaron á dirigir en su interior una jaculatoria de desagravio á Dios y una súplica por aquel desgraciado, siguiendo tranquilas su camino, llegó á su casa medio borracho, medio furioso y completamente valiente, esto es, bruto. Halló que su pobre madre, anciana y trabajadora, cuyas escasas ganancias eran las únicas que entraban en casa y salian en gran parte al casino y á la taberna por mano de su hijo, había sido atacada del cólera y suplicaba á sus compasivos vecinos la llevasen al hospital, donde pudiera recibir los consuelos y medicinas que en vano hubiera, esperado de su valiente hijo.

La desgracia de la madre y su propia desgracia serenó algun tanto á nuestro valiente desafiador de Dios y tragador de monjas; y á poco rato vió junto al lecho de su madre á las cobardes monjas y al capellan del hospital que en nombre del desafiado y paciente Dios, prodigaban consuelos y suministraban medicinas á su moribunda madre. Él conoció á las monjas y éstas conocieron al blasfemo: nada se dijeron. Las pocas horas que duró la vida de la anciana, despejaron al atolondrado jóven: al dirigir éste la vista á las religiosas, y ver á unas mujeres que por Dios servian á su madre, y se exponian serenas al peligro de morir, meditó y aprendió.

Desde entónces no tuvo por valiente al blasfemo, al insolente, al que se retuerce el bigote y habla con desprecio, ni al que por atemorizar á la gente de iglesia insulta á Dios y desea almorzarse curas y monjas.

A.

Imprenta de Salvador Fábregues, Plaza Nueva n.º 19